

12-1-2010

Ojos Claros

Roberto E. Bahruth
Boise State University



Seis noches seguidas doña Clara soñó agua, soñó cielo, soñó luz. Fue así como Pati anunció, no sólo su nacimiento sino el color de sus ojos y la claridad de su alma. Y fue así, que unos meses después Pati naciera con ojos azules y claros en un mundo lleno de ojos sin luz. Desde pequeña esta niña fue especial y mágica. A su lado las personas no podían evitar sentirse en paz. Muchos empezaron a visitar la casa de doña Clara sólo para verse reflejados en la claridad azul de la pequeña. Sus ojos nunca dejaban de sonreír ni de emanar, además de tranquilidad y amor, un sentimiento profundo de claridad, compasión y humanidad. Pati no era de mucho decir pero, desde que pudo expresarse y en forma de respuesta a todas las preguntas y comentarios, la niña insistía en decir, “mama, es que yo nací grande.”

Aunque a doña Clara esta afirmación no la sorprendía, pues de la bondad y de la grandeza de su hija tenía docenas y docenas de historias, la reafirmación llegó un día no tan cualquiera.

Una mañana, mientras Quito dormitaba bajo un manto de neblina, doña Clara y Pati caminaban en silencio. Como era su costumbre, madre e hija se tomaban de la mano. Al llegar a la parada del autobús, la luz de Pati hizo que las personas que esperaban, salieran de su letargo. Todos los ojos se detuvieron en ella, en un estado

hipnótico colectivo tan familiar; embelezados e ignorando, ya por costumbre, ya por autoresguardo, ya por ceguera social, las postales lastimeras en derredor.

A sólo unos cuantos metros e invisible para todos, un hombre sin piernas esperaba que la piedad y la compasión de los transeúntes disminuyeran su tragedia. A su lado, una canasta vieja aguardaba impaciente por esos centavos que acaban culpabilidades pasajeras.

Sin decir una palabra, Pati liberó su mano de la de su madre. Con un aplomo poco común en una niña tan joven, dirigió sus pasos hacia el hombre sin piernas, dejándose guiar por la luz de su clara mirada. Al llegar frente a la canasta, la tomó. Decidida y en silencio volvió a donde la gente curiosa se acumulaba para observarla. Mientras alzaba la canasta elevaba su mirada, ofreciéndoles a las personas la oportunidad de despertar, por unos segundos, su humanidad adormecida, enfrentar una vida de apatía y despejar distracciones hechas excusas.

Nadie pudo resistir, ni a la niña de ojos azules, ni al momento mágico en que ella rompía siglos de patrones invisibles y sacudía conciencias dormidas.

Cuando terminó con la colecta, Pati volvió con la canasta, ahora colmada de billetes y la colocó tiernamente al lado del hombre sin piernas; que gracias a la claridad de una niña, por un instante había dejado de ser invisible.

Roberto Bahruth, Ph.D.
rbahrut@boisestate.edu
wonrenmi.com